

5 Octubre

# NUEVO TIEMPO

Número suelto, 10 cts.

Exquisito :: Chocolate

# SUIZO ROIG.-Lerida

RELOJES

## Borrás é Hijo



Pulseras última novedad a precio de fábrica, en oro de ley y enchapadas, forma Tonel.



## F. G. Conde

*Fotógrafo*

*Fernando, 39.*

LÉRIDA.



*Mosaicos  
Water-closets  
Lavabos  
Baldosas  
y Azulejos  
de todas clases*

## A. VIVES ESTOVER

*Constitución, 19*

*Cabriny, 13*

≡ LERIDA ≡



## F. Costa Cuscuela

SOMBRERERÍA

Grandes novedades para la próxima temporada, en gorras extranjeras y del país.



Porticos Bajos, LÉRIDA.

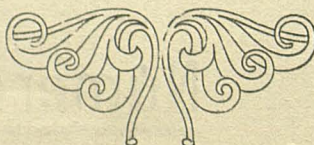
Fábrica de muebles de lujo

# Hijos de ARMENGOL

(NOMBRE COMERCIAL REGISTRADO)

Rambla de Fernando, 16

(Bajos Fonda España)



LÉRIDA

Correspondencia MAYOR, 33 LÉRIDA	<b>NUEVO TIEMPO</b>	5 de Octubre — 1913
AÑO I	Literatura <input type="checkbox"/> Sociología <input type="checkbox"/> Ciencia <input type="checkbox"/> Arte	NÚM. 1
Informaciones	Revista quincenal independiente	Anuncios

## AL NACER

Venimos á llenar—creemos nosotros,—un vacío sentido, ó debido sentir, en la vida ciudadana de Lérida. Venimos á ofrecer á la intelectualidad leridana, lo que no puede encontrar en las columnas de la prensa diaria, harto ocupadas y absorbidas, por las luchas políticas y de partido, necesarias, precisas para la existencia social, y en las que se entrecruzan y chocan las ideas, como dos elementos heteropolares, engendrando la chispa, que es unas veces luz y otras veces incendio, pero siempre, energía, movimiento, calor, no importa qué cosas de naturaleza varía, móvil, pasajera, entre las que no encuentran ni pueden encontrar un paréntesis de descanso, de sosiego, esas bellas abstracciones inútiles que llamamos ciencia, literatura, arte; inútiles, con la utilidad imponderable é inapreciada, de un descanso, de una tregua sedante, en el camino, eternamente inacabable ante nosotros, que la vida se complace en llenar, más que de grandes moles obstructoras, de pequeñas espinas y minúsculos pedruzcos, que hieren, hostigan y laceran nuestros pies.

Tal es, pues, la misión que traemos al nacer á la vida.

El que esto escribe, que ha tenido que levantar solo, absolutamente solo, la no por dulce menos pesada carga que representa el conseguir que esta primera aparición de NUEVO TIEMPO haya sido un hecho; el que esto escribe, que cree no ser el más indicado para poner sus manos débiles, en una empresa que debía ser honra y orgullo de quienes pueden alzar autorizadamente bandera de unión, para poner el nombre de la Lérida espiritual á la altura á que por su historia y sus merecimientos tiene derecho; el que esto escribe, si lograra encauzar las manifestaciones de nuestra intelectualidad, en una actuación centrípetas, hasta hacerlas converger en NUEVO TIEMPO, ¡con cuánto placer se apartaría modestamente a un lado, para no estorbar la

marcha de triunfo de estas páginas, regidas entonces por quien pueda y deba regirlas!

Réstanos ofrecer á la prensa toda, sin distinción de matices, nuestro saludo más cariñoso.

¡Ojalá el paso de NUEVO TIEMPO por Lérida, no sea el paso efímero, inconsistente, de lo que no tiene realidad, más que en la esfera del deseo y de la especulación!

LA REDACCIÓN,



## ACTUALIDAD

Pendiente del viaje de Polncaré, la vida política en España, está interrumpida, aunque solo en apariencia.

Sobre el tapete, continúa la cuestión de la disidencia prietista, respecto de la que, es de notar que Romanones la ha hecho sentir el peso de su innegable habilidad, consiguiendo que García Prieto fuera el disidente y él el ortodoxo.

Pero como en política, igual que en todo, el instinto de la propia conservación sobrepasa á cualesquiera otras consideraciones, lo más seguro es que la cacareada disidencia acabará por convertirse en una tempestad en un vaso de agua, y un abrazo—más ó menos sincero—sellará la concordia.

¿Y qué otra cosa pueden hacer romanonistas y prietistas? ¿Irán á exponerse á que, como en la manida fábula, les pille descuidados el perro, mientras ellos, discutidores conejos, se ocupen en cuestiones de poco momento? No queremos ofender á Melquiades Alvarez, comparándole con el perro de la fábula, pero es la verdad que la disidencia ha de favorecerle, ya colocado él en el terreno propicio que ha sabido ó podido escoger.

Por lo que toca á los conservadores, andan bastante alicaidos y contristados, porque ven, inferminable, por ahora, su prolongado ostracismo, cuya duración debe atribuirse en

parte muy digna de tomarse en cuenta, al retraimiento de Maura, seguramente impuesto por el problema de Marruecos, hasta ahora insoluble, y acaso, acaso á las influencias de algún político extranjero, ó de una personalidad más alta que aconseja al poder moderador que se coloque á tono con la marcha de las potencias.

En cuanto á los republicanos, la muerte de Sol y Ortega, con la defección inminente de Melquíades Alvarez, ha sido un golpe terrible para su causa, que pasa por uno de esos instantes de momentáneo abatimiento, que constituyen otra de tantas intermitencias en su irregular y accidentada progresión.

El viaje de Raimundo Poincaré, que ha venido á suspender la solución de los geroglíficos en qué se cifra hoy la política española, marca uno de esos *recrudescimientos* de la amistad franco-española, que casi siempre queda en buenos propósitos. La prensa francesa, y especialmente «Excelsior» y «Le Temps», *tiran de repertorio*, y ensalzan hasta el difirambo la conveniencia de un acuerdo perfecto entre ambas naciones; acuerdo, que sobre todo respecto á Marruecos, sería de desear fuera completo, y sobre todo, sincero. Gracias á él se ahorraría tanta sangre, como dinero. *Pero.....* todos sabemos cual es el pero.

Estas *armonías* franco-españolas, contrastan con el lío irlandés y el *mare magnum* de los Balkanes.

El distrito de Ulster, se opone á la implantación del *home rule* en Irlanda, no queriendo aceptar en modo alguno el dominio de un parlamento irlandés. El caso es muy parecido al de Cataluña. Alguna provincia, como Lérida, repugna aceptar integramente el ideal autonomista, no porque su bondad intrínseca no sea un hecho demostrado, sino porque esta provincia y la de Tarragona, principalmente, temen que mediante aquél, se suprima el ominoso centralismo, vinculado en Madrid, y se instaure otro, igual ó peor, en Barcelona. Tal es la cuestión de Ulster, frente á Dublin.

Por lo que toca á los Balkanes, la confusión sigue siendo la nota del día. Servia moviliza sus ejércitos en Albania, Bulgaria siente aún en lo más hondo la *jugarreta* de Rumanía, y Grecia y Turquía no acaban de ponerse de acuerdo, como tampoco se ponen las potencias respecto de Albania, que se está convirtiendo en otra manzana de la discordia. La cual podría ser que acabara por consunción,

por cansancio. Si no es así, no se ve claro en la madeja.

Sobre todo ese orden de cosas internacional, recientemente ha flotado una nube de escándalo. En la duda se ha creído lo peor. Y al final, como siempre sucede en tales casos, no sabemos á que atenernos. ¿Se trata de una grave incompatibilidad entre D. Manuel y su esposa? ¿Se trata, como dicen de Munich, ahora, de unas levísimas *perturbaciones gástricas*? Cualquiera lo sabe.

De todos modos, venga ó no el divorcio, venga ó no la reconciliación, no han de temblar las esferas, ni ha de desquiciarse el firmamento.

Esperemos lo que nos traiga la quincena próxima.



## CUESTIONES SOCIALES:

### La obsesión femenina

ALREDEDOR DEL PROCESO SÁNCHEZ

El reciente desenlace de la tragedia que empezó en la Escuela Superior de Guerra, me trae a la memoria, por una asociación de ideas inevitable, un notable artículo de un escritor, para mi totalmente desconocido, Camille Pitollet, publicado no hace muchos días, en «La Dépêche», artículo sugerido á su autor, por el caso Sanchez.

Es digno el trabajo, de que se ocupen de él plumas más competentes que la mía modestísima, y lo es, porque constituye un acierto, rarísimo entre la turba multa de *estudios* sobre la España de pandereia. Se trata de un artículo pensado, y lo que es más, *vivido* por quien conoce Madrid á fondo; acaso por tal circunstancia nos hieren las apreciaciones de Pitollet, y nos sentimos el dedo aprese, tando sobre la llaga. Mas podía apretar pero, al fin, en un trabajo periodístico, no cabe hacer otra cosa que apuntar ideas.

Se titula el artículo «En Espagne—Madrid la nuit». Sánchez—dice su autor—dominado, exaltado, por la impúdica visión de su hija, no es ciertamente el

prototipo del madrileño (ya que una afirmación semejante se prestaría á dañósísimas anfibologías), pero si es la víctima de la *eromanía* corriente, que pesa sobre Madrid, como una atmósfera irrespirable.

Y se lee más adelante: «Sin duda, la cuestión femenina, determina, en todas partes, las condiciones «de la vida social; pero en ninguna, en los tres ó cuatro países que monopolizan el imperio de la civilización europea, reviste ese carácter de preocupación constante y sobreaguda que salta á la vista en Madrid. De aquí, que el comercio de la mujer esté en esa ciudad, organizado en condiciones de una sencillez tal, que resulta verdaderamente desconocida en Francia, y con mayor motivo, en Alemania é Inglaterra.

«Fse tráfico de lujuria, no se efectúa sin producir grandes trastornos en la moral de la ciudad. Sánchez, es cierto, abusaba de su hija; pero esa hija, llevaba, por decirlo así, una contabilidad por partida doble, ya que vendía su carne á todos los amantes del azar, a quienes la vista de esa Mesalina trigueña, convertida en rubia por misterios del tocador, abrasaba en deseos».

«*Il faut* (no traducimos, para mayor fidelidad, este párrafo) *il faut avoir pratiqué Madrid. fréquenté—par devoir d'observateur—sus mancebias, les plus infames, comme aussi ses casas de citas a 100 duros, pour savoir sur quelle vaste échelle s'exerce la prostitution.*»

Y acaba, luego, el articulista, con estas palabras:

«Para regenerar España, es preciso infundirle una mentalidad distinta. Y no creemos que sea posible obtener esa nueva mentalidad, en tanto, que la intelectualidad media española esté infeccionada por esa deprimente y absorbente miseria de la obsesión femenina.

Hasta aquí Camille Pitolllet.

No soy de los que creen que *lo extranjero* es bueno, sólo por ser extran-

jero, no; pero si convengo, en que todas las naciones tienen sus plagas peculiares, aparte de las comunes á todo el género humano; y que si Francia sufre el cáncer del absentismo y de la despoblación, é Inglaterra la lepra de la miseria que lleva á tantos infelices á comerse las cataplasmas de los enfermos en los hospitales, España tiene como triste *pendant* de esas morbosidades sociales, la obsesión femenina.

Y esa obsesión, que se manifiesta en todas las esferas sociales, y en todos los actos de la vida española; que se traduce en grosería por las calles, en insistencia molesta en el wagón, en roces disimuladamente *casuales* en los teatros, en críticas despiadadas y comentarios obscenos en las conversaciones masculinas, y, como reflejo de esto, en producciones literarias como «La mujer fail», de Insúa ó «La farándula» de Belda, por no citar muchas más; esa obsesión—decía—tiene su más exacta y más funesta exteriorización en la delincuencia, á la que conduce, no á individuos de ciertos sectores sociales, sino á hombres pertenecientes á distintas clases y categorías: aquí en Lérida tenemos la prueba: en pocos días hubo dos violaciones: una perpetrada por un carbonero, otra por un caballero culto, y perteneciente á una honrosa carrera, según se dice.

La obsesión femenina, pues, da un contingente estupendo á la criminalidad, y buena prueba de ello, es que sin tal elemento no se explica que la delincuencia de las mujeres esté con la masculina en una relación de 100: 5.000, según Bernaldo de Quirós, pues si bien debe haber—claro está—cierta diferencia entre una y otra criminalidad, «por el hecho de ser móvil el espermatozoo, y fijó el óvulo» en el sentir de Thompson y Geddes, la proporción que la repetida diferencia adquiere en España solo se explica por aquel factor.

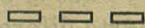
Es más: basta ojear cualquiera estadística, para convencerse de que los delitos en cuya etiología es de apreciar la obsesión femenina, forman un 40 por 100

del total de los cometidos, cifras que adquieren un aspecto aterrador, y que revelan que aquella es un verdadero vicio constitucional, si se considera que en la comisión de los delitos de que se trata, no entra casi para nada, el factor cultura, ya que según una estadística publicada por el Ministerio de Gracia y Justicia relativa al año 1900, de 201 delitos contra la honestidad, 120 fueron cometidos por alfabetos y 81 por por analfabetos.

Es, pues, un vicio de origen, la obsesión femenina de que nos habla Pitollé; y ella ha producido dos crímenes horrendos recientemente, el de Bruguera, en Arbucias, y el de Sánchez en Madrid, porque como ha visto muy bien aquél escritor el caso de este último es pura y simplemente *una historia sexual á base patológica*; y creo más, *por mi cuenta*, creo que se ha incurrido en error al calificar el delito, de robo, *con ocasión del cual resulta homicidio*, pues quizás en otro artículo, veremos que, entre líneas, se lee en el proceso ya famoso, algo que demuestra que, como muy bien dijo Serrano Batanero, el robo fué algo independiente, en la esfera de las ideas y en la de los hechos, del homicidio.

Trabajos como los de Pitollé provocan hondas reflexiones, y desgraciadamente el fruto de las mismas es convenir con él, en que la mentalidad nueva que necesita España para su regeneración, no podrá infundírsele, *en tanto la intelectualidad media española esté succionada por esa deprimente y absorbente miseria de la obsesión femenina.*

J. A. H.



## Miguel Viladrich

Son las nueve y media de la mañana. Por la vía central de la ciudad, bulle su vida, en matices abigarrados. Se mezclan los payeses que han hecho su negocio, con los empleados y curiales que van a sus oficinas y despachos, con las criadas que vuelven de hacer su provisión diaria.

Junto a la Catedral, emprendo la ascensión por una calle en escalones que conduce a la parte alta de Lérida, en la que el silencio y la soledad tienen su imperio. El ruido de mis pasos conturba el sosiego de los callizos angostos, empedrados de guijarros agudos, como aquellos otros de la vieja Toledo, que, al igual que los nuestros, dan la sensación de una época remota, y nos parece que en ellos aún crujen las pisadas de los alarbes soñadores, y resuenan cantares melancólicos, de moras que gimen sus añoranzas tras las rejas.

Llego por fin ante la iglesia de S. Lorenzo, y me detengo, como siempre que cruzo la plazuela, ante su torre soberbia, magnífica, melancólicamente inmensa, que trae a la memoria aquellas cantadas por Verdagué, y que parece, como ellas, que

ans de partir, per última vegada,  
contempla l' enderroch de sos altars.

Entro en el establecimiento de Beneficencia provincial, y después de preguntar por su director, se me conduce a su despacho. El patio cuadrado, de paredes limpiamente pintadas de blanco, de aquel blanco que oftalmizaba a la pobre asilada que cantó Santiago Rusiñol, está desierto, silencioso. Enseguida, el Médico-Director, con la amabilidad que es ya en él un rasgo de carácter, me conduce hasta donde está su hijo, Miguel Viladrich.

Quedamos solos. Le expongo el objeto de mi visita, que él ya conoce.

Y charlamos de cosas que no importan aquí, pero enseguida se encauza nuestra conversación.

—He sabido que está V. preparando su labor, intensísimamente.

—Sí, tomo apuntes en Fraga, y en los demás pueblos cercanos de esa comarca aragonesa.

—Los tipos de por aquí, son tan originales, tan particulares que deben dar en París la sensación de un exotismo tan puro, como los de Turquía o la Finlandia.

—Efectivamente: París empieza a tafigarse de contemplar siempre lo mismo, en asuntos, en procedimientos, en todo. Salvo algunas contadas excepciones, los pintores van a París ¡a trabajar! y claro está, el ambiente común, las discusiones y pláticas sobre arte, la íntima comunión intelectual entre unos y otros, da ese matiz de monotonía a las obras. Luego, en esa capital naufragan con la mayor facilidad los mejores propósitos, los deseos más firmes; y convertidos los estudios en reu-

niones tumultuosas y alegres, el trabajo queda retegado a último término. De aquí que haya sorprendido a los que lo conocieron, *mi caso*, es decir, el caso de un joven que va a París, no a pintar, a aprender, sino a exhibir la labor —seleccionada— de cuatro o cinco años. Esto —repito— tiene la ventaja de que el artista es él, no se amanaera, conserva en todo momento su personalidad.

Mientras habla Viladrich, sus pies se remueven nerviosamente sobre la alfombra, y sus manos se acarician o refuerzan, contrastando con la serenidad de su mirada, que preside limpiamente sus palabras.

—Creo que está V. en lo cierto—asiento yo. Y dígame: por lo que V. dice, y por lo que yo ya sabía antes, deduzco que V. no ha tenido en realidad, maestros.

—Así es: antes no le concedía yo importancia alguna, pero ahora me enorgullezco reconociendo que las primeras lecciones de pintura me fueron dadas por los cuadros y retablos góticos, existentes en la iglesia de San Lorenzo. No dudo que, así mismo, bastantes lecciones habré obtenido de la contemplación de las obras maestras en los Museos que he visitado. Y créalo V.—me decía—el verdadero maestro es la obra y no el pintor, porque en la relación de superior a inferior que se establece entre el que enseña y el que aprende, este se ha compelido inconscientemente a aceptar los errores de aquel, en tanto que estudiando en la obra, el discípulo se asimila solo lo que es bueno y compatible con su especial personalidad.

—Me ha llamado la atención—dígame, aprovechando una pausa—que por todos los inteligentes que han visto su obra, le hayan diputado como un continuador de los pintores catalanes de las centurias XIV y XV.

—Exacto—asiente Viladrich—, así es. Y al primer sorprendido he sido yo, que no había visto más producciones de esa época que las existentes en S. Lorenzo, de que le hablé antes. Esa analogía, es pues, perfectamente espontánea. Me la señalaron varias personas simultáneamente, entre ellas el pintor Anglada y el conde de Pradere. Mi cuadro «Los funerales», tiene reminiscencias de las tablas de Dalmau y de Borrassá, artistas que señalaron en Cataluña el paso del estilo gótico al Renacimiento.

Hace poco, viendo la antología de Samper y Miquel, donde se estampan reproduc-

ciones de muchas de esas tablas, he tenido que reconocer la verdad de aquel aserto.

—Según eso, V. no comulgará con las doctrinas de los luminosos e impresionistas.

—No me hable V. de eso: en primer lugar creo que el teorizar en arte, es querer reducir a un peso o a una medida lo que es inmenso, y eternamente vario.

Si el estado de humedad de la atmósfera influye en la aplicación del color sobre la tela, ¡que de dificultades, que de obstáculos y de complejidades no entrañarán el colorido, el dibujo, la visualidad, y otros tantos aspectos del arte! Por otra parte, el impresionismo es la hegemonía del color, por encima de la línea, del dibujo, es un solo aspecto de la pintura y el ideal de esta ha de ser la armonización, la coexistencia de todos esos elementos.

El prurito de escuela llega a la exageración—no confundible con la exaltación—de una idea, y de un estilo; y el que a ello se entregó, llega a abusar—como les pasa a la mayoría de los impresionistas—de su obsesión por el color, acabando por pintar, pensando en el público, y con la sola idea de *epatarle*, de lo que es consecuencia el amanaramiento y el absurdo.

Como para confirmar lo que lleva dicho, Viladrich me enseña alguna de sus obras, pocas en el lienzo, y las más en reproducción fotográfica, por no obrar ya en su poder los originales.

Amigos lectores: hay que descubrirse ante el pincel de Viladrich. Su arte es verdaderamente maravilloso.

Contemplo un S. Juan, admirablemente comprendido; tres tipos de la tierra, que son un prodigio de detalle, de estudio anatómico, de *verdad*; uno de ellos adquirido por el Conde de Pradere, y otro, junto con dos gitanas deliciosas, el mantón de Manila de una de las cuales, es sencillamente estupendo, comprado por Mister Huntington, Director del Museo de New-York, quien ha mostrado interés, y está en trato, para quedarse con el tríptico «Mis funerales» tabla de la que es inútil hablar, pues debe verse. En ella hay tipos de una belleza pura, como concebidos por la idealidad de un Fra-Angelico; otros horribles, monstruosos en la expresión de su semblante, que parece una pesadilla dantesca. En una palabra, como ya he dicho, ese cuadro hay que verlo.

Desde estas columnas rogamos a Miguel Viladrich que olvidando generosamente lo pa-

sado exponga en Lérida, antes de que se nos los lleven á los Estados Unidos, los «Funerales». Sería de lamentar que no pudiéramos volverlo á contemplar.

Vimos también un «Retrato de mi madre» perfecto de parecido y expresión, al que sirve de fondo un paisaje riente de sol, como creado por el pincel alegre y optimista de un Watteau.

Ya preparado á marchar, me contaba Viladrich con la naturalidad y sencillez que son su mayor encanto, el cariño casi *sensual*, que siente por sus cuadros, y el amor á su patria, de que lamenta la menor separación. Y á pesar de ello, todos sabéis lo sucedido en Lérida, y debéis saber también que en la Exposición de Madrid, uno de los cuadros que hoy son admirados en New-York, fué colocado pendiente de una viga, junto al techo, sin perjuicio de que, ahora, la prensa madrileña—como un eco de la parisién—y más especialmente el crítico de «La Tribuna» y Saint-Aubin, hayan empuñado el turiferario para incensarle. Es la historia de siempre.

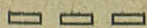
Estreché la mano á Viladrich, y nos despedimos, guardando yo el recuerdo de esa hora y media pasada en su compañía, en el rincón de la memoria donde se refugian los más placenteros.

Y ahora réstanos decir que NUBVO TIEMPO se complace en ofrecer estas líneas á Miguel Viladrich, como, modesto sí, pero también sincero homenaje á su talento.

Y al que, por molestarle tales elogios su amor propio, crea, ó finja creer, que este artículo es un *bombo* como tantos otros que por ahí se prodigan sin motivo, sin necesidad, le remitiremos á las obras de Viladrich, *y si tiene ojos ha de ver*.

A parte de ello, para tales casos hay que recordar la verdad que encierra la frase manoseada del fundador de la Jarretiére; *Honni soit qui mal y pense*.

J. A.



## Crónica científica

### ¿Es útil la Astronomía?

«Aun hoy preguntais: ¿De qué sirve, pues, «la Astronomía? ¡Cuantos se sentirán imposibilitados de responder!»

Eso escribe Jules Sageret, en su obra nota-

bilísima sobre la concepción del *Sistema del mundo*, desde los Caldeos á Newton. Al tropezar mis ojos con esa frase, he saltado de indignación. ¡Será posible que haya personas capaces de ignorar para que sirve la Astronomía, la ciencia más bella, más noble, más universal! Pero he reflexionado luego brevemente, y en posesión ya de toda mi sangre fría, he tenido que reconocer que en el número indefinible de esas despreciables personas me cuento yo, también, y como yo—lo que no deja de ser mi consuelo,—todo ó casi todo el género humano.

La verdad sea dicha: de las ramas del saber, la astronomía—afortunadamente quizás, para su gloria, es aquella de la que menos puede derivarse una aplicación práctica.

Cierto que pueden detenerse de esa ciencia, estimables experiencias y observaciones para los navegantes; tomando la altura del sol y de ciertos astros, pueden llegar á conocer, en alta mar, el sitio exacto en que se encuentran. Con igual fundamento, debe recomendarse á los exploradores el uso del sextante y del teodolito: pero todo ello, es bien insignificante cosa.

También es cierto que hemos llegado á calcular y prever con precisión matemática, los eclipses de Sol y Luna, pero: ¿qué utilidad nos reporta saber cuando el sol va á ocultarnos la luna, ó la luna el sol?

Calculamos perfectamente la eclipse descrita por los planetas, la parábola ó la hipérbola que trazan en la inmensidad los cometas, los movimientos aparentes ó reales de las estrellas; podemos clasificarlas hasta la duodécima ó décima quinta magnitud; el análisis de sus rayos luminosos nos revela su naturaleza, su constitución interna, así como la del sol, el exámen de su resplandor; fotografiamos la luna, levantamos mapas de Marte, donde sabemos que nieva abundantemente, y que se ostenta una vegetación magnífica, colorada en rojo; y no ignoramos, finalmente, que existen constelaciones que ruedan sin cesar alrededor de un sol; astros muertos, desprovistos ya de todo fulgor; astros que se incendian de súbito; otros, también, que van enfriándose lentamente, y acaban convertidos en polvo deleznable. ¿Y qué? Esto es hermoso, esto es sublime, esto es admirable... pero es, asimismo, perfectamente inútil en la práctica.

Esta cuestión brutal tiene una paridad absoluta con la planteada por el pintor Courbet al sabio astrónomo Leverrier:

—¿Es cierto, pues, que acabáis de descubrir un planeta?



—Si, es cierto.

—Bien, M. Leverrier. Pero ¿quereis decirme que influencia tendrá vuestro descubrimiento en el cultivo de la patata? Probablemente, ninguna.

La misma, podía contestarse al pintor, que «El combate de los ciervos» «La celda de Fausto» ó «Las meninas», sobre las legumbres. Hay que reconocer, en suma, que la astronomía, como la pintura, no es otra cosa que un juego brillante: un arte.

¿Qué diferencia entre aquélla, y la química, la física, la biología, y hasta la geometría! Sus progresos, en un sentido desinteresado y absoluto, han ido como consecuencia, un avance iniciado é industrial.

¿Qué maravillosas aplicaciones utilitarias han sido consecuencia del descubrimiento de las leyes de la electricidad? Y en química, de la síntesis de los cuerpos ternarios? ¿Y en biología, del conocimiento, obtenido mediante el microscopio y el ultra-microscopio, de la existencia y condiciones necesarias á la misma, de los seres infinitamente pequeños. conocimiento del que ha nacido la posibilidad de curar la hidrofobia, la difteria, el carbunco, el tétanos y el tifus? No bablemos ya de la geometría y del álgebra, sin las cuales no se hubiera efectuado el colosal avance de la mecánica. Pero la astronomía! La astronomía nos sirve para gobernar una nave, y para saber qué hora és!

No puede decirme que ello no valga nada; ¿pero qué vale en comparación de lo producido por otras ciencias?

Entonces, cual es la causa de ese cariño, de ese respeto, de esa veneración, que sentimos todos, por esa ciencia, que hasta ahora tan pobres resultados prácticos nos ha brindado? La causa está, á mi entender, en el sentimiento de interés místico que el cielo, la vista del cielo y de los astros, ha inspirado siempre á los hombres. Penetrando su secreto, hemos creído penetrar el secreto de los dioses; de aquí una cómo augusta emoción!

Y no es esto todo: tal secreto consistirá en que el cielo, también tiene sus leyes; y que estas leyes aparecen más rígidas, más duras é infringibles, en su rigor, que todas las demás leyes.

Y ese sentimiento espiritualista, místico, que experimentábamos contemplando el alta bóveda, no se ha desvanecido; ha devenido, solamente, materialista. Al hacer retroceder los límites de lo incognoscible, hemos llegado a olvidarnos de que lo incognoscible existiese.

De nada nos sirven esas leyes cósmicas: pero no podemos ver, en esas intensidades celestes donde se refugiaron los dioses, después de haber habitado nuestros bosques y nuestras praderas, primero, y las inaccesibles cimas de los montes después; no podemos ver que uno solo dicte leyes á la humanidad. Percibimos unicamente la sensación cuasi-física, de las eternas y omnivivientes vibraciones de un éter imponderable,

Véase, pues, como la astronomía, tan inútil en apariencia, no lo es tanto en realidad; no es tan inútil la astronomía: esa ciencia, que un día conseguirá domeñar las fuerzas del éter, como se han domeñado las del rayo, y que hoy contribuye á cambiar el polo del pensamiento humano, y la manera de sentir y concebir las relaciones entre los hombres, y las de estos y la naturaleza; que nos invita é induce á creer que el medio de mejorar su suerte, no es la invocación á deidades desconocidas, sino el saber y la voluntad; y que nos enseña que los hombres son, sin duda, solo un efímero accidente en el sistema eterno del mundo, á pesar de lo cual ningún ser les es superior, ya que ese sistema, que parece inconsciente de sí mismo, se refleja en sus ojos y revive en su inteligencia.

Cuando todo eso se reflexiona, es preciso reconocer, que ciertamente, ciertamente la astronomía sirve para algo; un algo imponderable y poderoso, como el éter mismo.

PEDRO MILLE.



## POESÍAS

### Suavidades para la suave.

I.

Tienes facciones tan finas,  
y talle tan delicado,  
que Velazquez no ha logrado  
retratarte en sus Meninas.

Velan tus formas divinas,  
guardainfante de brocado,  
y el carpiño engorguerado  
con encaje de Malinas.

Las quimeras más gallardas,  
te rinden sus alabardas;  
y tras sus pomposos trajes,  
de antigua infanta española,

van mis versos, como pajes,  
sosteniendote la cola.

## III.

Nieva: La ciudad reposa  
en paz bajo la nevada.  
¡Parece que está encantada  
bajo el marmol de una fosa!  
¿Porqué aun me das generosa  
el calor de tu mirada,  
si en mi lúgubre enramada  
no queda ya ni una rosa?

Una paloma aterida  
va recobrando la vida  
de tus senos al abrigo;  
y el corazon se querella;  
¡Si lo que has hecho con ella  
quisieras hacer con migo!

## VII.

Dijeron á mis tormentos,  
que andas pálida y enferma,  
y que, á simple vista merma,  
flor, tu salud por momentos.

¿Té deshojarán los vientos  
sobre la floresta yerma?  
¿Cómo quieres tú que duerma  
con tan fristes pensamientos?

Cruzo, pensando en tus males,  
por los parques otoñales  
que el viento deshoja; y cuando  
alguna campana llora  
me detengo sollozando:

—¿Habrás muerto en esa hora.?

## VIII.

¡Fatalidad del destino,  
tu has destruido el encanto  
de la vida! ¡Sólo espanto  
has dejado en mi camino!

Trocastè el sollozo en trino,  
y ahogaste el dolor en canto,  
agriando mi pan con llanto,  
mezclando sangre a mi vino!

Por tí, mi senda es de abrojos,  
solitaria, muda, horrible,  
nuevo Calvario sin luz.....

¡Y hasta has puesto ante mis ojos  
esta pasión imposible,  
como el «Inri» de mi cruz!

FRANCISCO VILLAESPESA.



## «Los Abismos»

Felipe Trigo

RENACIMIENTO. MADRID, 1913

El estupendo psicólogo de «Las Ingenuas» nos regala con una nueva novela: «Los Abismos».

Leyendo sus obras, nos asalta siempre la misma duda, la misma interrogación: ¿porqué á uno de los más grandes novelistas españoles, se le hace vacío del silencio? ¡Quién sabe!

Felipe Trigo, para los que no le han leído, ó le han leído mal, es un perverso, un sensual. Nada de eso: «Los Abismos (por no citar otras producciones suyas) es el más solemne mentís á tal opinión. En ese libro, pueden hartarse los moralistas de moralidad, á no ser que quieran convertir la novela, en un cuento noño, como el de «Caperucita roja»

En «Los Abismos», se destaca sobre un fondo de realidad, la figura dolorosa, dulcemente trágica, de Libia, la adúltera casta, la purísima impura que para salvar á su marido y á su hija del naufragio social, que amenaza arrastrarles y destruirles, provocado por él y ella, en inconsciente complicidad, se entrega sugestionada y descende al delito, de cuyos abismos la salva su propia grandeza de alma y la de su esposo, que la perdona.

La novela de que se trata, es uno de los innumerables dramas que se desencadenan en la sombra, generados por el lujo, esa plaga de todos los tiempos y de los países todos. ese azote que lleva con tanta frecuencia, como en «Los Abismos», á la delincuencia, al crimen,

En el sentir de Bonger, las condiciones económicas, ocupan en la etiología de los delitos, un puesto preeminente, jugando en ella un papel preponderante y decisivo, y esa conclusión, viene corroborada, acentuada, por el criminalista Aschaffenburg, quien en su estudio *Der Verbrecher und seine Bekämpfung*, llega á la afirmación de que entre los factores sociales del delito, hay que citar como primordiales, el analfabetismo y el lujo. Tal sucede en «Los Abismos». Libia arrastrada por esa pasión, y compelida por una moderna Celsina, llega al adulterio, á la estafa, al chantaje; cae en una verdadera acromatopsia moral, más acaso, en una intermitente enajenación especializada por aquel caracter diagnóstico, infalible, según los alienistas Falret y Legrand de Saullé, consistente en el hecho de diferir el enfermo de si mismo, cuando empieza la do

lencia mental. Y así, Libia, que sugestionada, enajenada, se entrega para pagar cierta deuda una, dos, tres veces (si bien entre repugnancias físicas), no sabe contemplar su eficacia desnuda en el espejo.

Pero llega la catástrofe, y la sacudida moral devuelve á Libia á su honradez, á su idiosincrasia afectiva y dulce, y luego, tiempo después, cuando el marido, el poeta, conoce la defección, la perdona, recordando, acaso, que, como decía Spinoza, lo que llamamos libertad no es más que la ignorancia de los móviles que determinan nuestros actos, y convencido de que Libia, ha hecho un sacrificio de su falta, de la que no ha libado el más ínfimo goce, por la que ha sentido llenarse su alma de una repugnancia infinita y sus ojos de un llanto inaportable.

En «Los Abismos» se revela, como en todas las novelas de Trigo, la personalidad de un psicólogo colosal y de un narrador único.

Sobresalen en ella, el pasaje de la noche del estreno, la revelación del adulterio, y las escenas de la dehesa, en Extremadura. La descripción de una operación quirúrgica, es sencillamente maravillosa.

Aparte de Libia, sobresalen los caracteres de Eliseo y Astor.

La acción es natural, sencilla, como de cosas *ocurridas*: en la primera parte peca de folletinesca, pero..... algún pero ha de haber.

Felipe Trigo se muestra en «Los Abismos», sin aquellas audacias de lenguaje y concepto, que resaltan en «La Altísima» y la «Sed de amar», entre otras, pero es el *estuprador de la gramática* (como diría D. José Mariano de Larra) *sempiterno*. Y como la gramática no es un fin, sino un medio, no diputamos grave mal el suprimirla cuando estorba para la exacta expresión del pensamiento.

Felipe Trigo va para viejo: casi lo es: acaso á ello es debido que en «Los Abismos», haya una ráfaga de sentimentalidad, que sobrepasa á la de todas sus demás obras: y las lágrimas son casi siempre la más bella consecuencia del arte.

«Los Abismos» no acrecerán el saber de quien ha escrito esa novela colosal que se llama «Las Ingénuas»; pero son una hoja más, en la corona de inmortalidad que se está tejiendo Trigo, en el silencio que le hace la prensa, contrastando con las numerosas ediciones de sus obras, que van aumentando la serie gloriosa de las generadas por quienes

han colocado tan alto el nombre de la novela española: Pereda, Galdós, Pio Baroja....

JOSE ARAN HORTS.



## Linternazos

Diógenes el Cínico fué un filósofo griego: un filósofo inmortal; ese Diógenes, soy yo. Desgraciadamente, con el transcurso de los siglos, he perdido lo que tenía de filósofo, y me he quedado en cínico; y hoy, en vista de que en mi patria, ha resurgido el espíritu que la llevó á Salamina y á las Termóphilas, y que no ha quedado turco ni búlgaro en perfecta integridad física, me he venido aquí, con mi tonel y mi linterna; mi tonel para cobijarme como esos *globe troteurs* que me imitan al cabo de tantos siglos, y mi linterna, que si bien ya no me sirve para buscar al *hombre*, me prestará señalados servicios, para andar á *linternazos* con quien se tercié, hasta que el que pueda me la rompa en las costillas, y dé con mis huesos en la sepultura, mis pobres huesos que ruedan por el haz de la tierra, desde que en ella triunfaba Alejandro el Grande, hijo de mi buen amigo Filipo.

Alejandro! Como cambian las cosas y los días! Todo ha sufrido en nuestra época, una *capitis diminutio*, y sino dígalo el pobre Don Manuel, que es el reverso, la antítesis de aquél. Hombre más desdichado no sino al mundo! Primero, llega al trono, gracias á una catástrofe; luego, le echan de su solio con cajas destempladas, y finalmente, le expulsan del lecho nupcial, ó, lo que es peor, le dejan solo en él, sumido—es de suponer—en el más tremendo de los bochornos.

¿Que dirán ahora los *manuelistas*, en Portugal? ¡Horrores! Esto, sino atribuyen el exabrupto de la princesita á maquinaciones mefistofélicas de Alfonso Costa ó de Magalhaes Lima, ó de Vasco de Gama.

A todo eso, ha venido á parar la sublime poesía de los cuentos medioevales de princesitas rubias, y donceles apuestos. Su venero, de todos modos, es inagotable; ya dijo Becquer.

Mientras exista una mujer hermosa habrá poesía.

Pero Becquer se dejaba una porción de cosas, en el tintero, de las que emana eterna belleza poética, y pásese la redundancia; pues la poesía es algo ubicuo, algo que está en todas

partes como polvo de oro que el viento esparce, y se posa donde quiera. Y sino vedla hasta en una obra científica, en «Problemas nacionales» del actual Fiscal del Supremo. Leed:

«Con tan expertos pilotos en los inmensos océanos del Derecho, no debe vacilarse en navegar por los rumbos de la inspección y vigilancia de la justicia, sin temor á encallar en las rocas de la arbitrariedad, seguro de que con su brújula sabré sortear los temporales, evitando los naufragios, para llegar á puerto y poner término al viaje».

Por lo demás, en España faltará todo lo que se quiera, menos poesía, si esta es el efecto y la causa el poeta; porque poetas, más ó menos *fugaces*, aparecen cada verano, como una erupción propia de la estación calurosa, lanzados al torrente de la popularidad, por los Juegos Florales. Afortunadamente, el fresco Octubre empieza á calmar las calenturas poéticas, y la normalidad queda restablecida.

Aquí en Lérida—gracias á los dioses sean dadas—no padecemos poetas veraniegos. pues Juan Arús no está aquí más que dos días al año; pero en cambio, tenemos la plaga de la obsesión *canadiense*.

La palabra *canadiense*, ya no significa lo relativo ó perteneciente al Canadá, sino lo raro, lo increíble, lo fabuloso, lo abracadabrante, lo exótico, lo inacostumbrado.

Además, en las zapaterías se ve calzado canadiense, en las pastelerías, embuñidos y golosinas canadienses, en las sombrererías, sombreros canadienses.

Pero el gran distintivo, lo inconfundible, lo verdaderamente específico de los canadienses, es las polainas. Sin polainas, no puede haber Canadá. Hay quien ha nacido en Villanueva de la Barca ó en Masalcoreig, y se empeña en pasar por canadiense, para conseguir lo cual no tiene más que ponerse bandas alpinas hasta para cortarse las uñas ó tocar el acordeón.

Pero, en fin, *volvamos* del Canadá, para decir, que si no os puedo ofrecer mi casa (¡ya veis, un tonel!), os ofrezco mi linterna, para estropearla á *linternazos* donde y cuando convenga.

¡Cuántos van por esta España, señalados con distintas etiquetas, que rezan: diputado, senador, e c. y después de sonsacaros un voto, no os ofrecerán tanto.

Al menos yo lo doy *gratis et amore*: no puedo hacer más...

DIÓGENES.

## En un banco

CUENTO

Habían elegido aquel banco, á pesar de que una institutriz inglesa ocupaba una de sus puntas. Permanecían abrazados, como dos pajarillos que se picotean, sin cuidarse de ella, ni de la vuelta en redondo que dió, al igual que un muñeco de resorte, sintiéndose escandalizada. Bien pronto huyó la extranjera, ocultando bajo la vuelta de la gran capota, sus ojos púdicos.

—Se creería que alguna de esas, al ver una pareja, se siente hidrófoba, dijo el estudiante.

La modistilla le hizo ver la hermosura de la pequeña, de quien cuidaba la inglesa. Esta tiraba de la niña, (por el brazo), que, con su curiosidad infantil, el mentón sobre la espalda, sonreía á la pareja con ojos y boca, como tres puras flores.

—La pequeña te admira! Los niños deliran por la belleza y la juventud... Si, si, no lo digo para adularte. Lo mismo me pasa á mi. Y eso que yo no tengo ya cinco años....

Mientras hablaba el joven, ella acompañaba con la mirada—mirada tierna, como distraída en un sueño—á la gentil pequeña, vestida de blancos encajes, que acaso algún día, vería transformada en una dama presuntuosa, como esas que ella contribuía á engalanar, trabajando en un taller de la calle de la Paz, desde las ocho de la mañana á las siete de la noche.

La *miss* y la niña, desaparecieron al fin, y ella convirtió su atención al joven, y á la deliciosa tranquilidad y sosiego de aquel rincón aislado del parque Monceau.

Sentía un como bienestar que emergía del aire puro y del follaje. Las palabras llegaban á ella como una música rumorosa.

Toleraba, con una dulzura de emoción, el viaje lento de la mano de él, alrededor de su talle, y luego el atrevimiento de unos labios que bebían en los suyos.

—Déjame! He de volver á casa.

—Es temprano aún.

—No, no, mis padres extrañarán la danza.

—Llegarás á tiempo, ya te llevaré en un taxi.

—¿Y tú crees que yo iría en auto, sola con un hombre?

—¿Qué mal hay en ello? No estás aquí también conmigo?

—Tampoco esto tendría que ser

—¿Te enoja, pues, que te dé un beso?

—No, pero no debería consentirte...

—Tus manitas que abrasan, y tus ojos divinamente encendidos, me dicen lo contrario. Ah, si tu quisieras!

—Si quisiera el qué?

—Ya lo sabés tú! Es manía de todas las mujeres hacernos decir, lo que os dará pretexto para enfadaros...

—Gracias; te agradezco que me confundas con *esas*...

—No digas lo que no piensas: ¿yo confundirte, tomarte por lo que no eres? Cada noche, cuando te dejo junto á tu casa, me digo: Mañana, no me verá. Y al día siguente, te espero en la acera, frente al café de la Paz. Ya puedes reírte, ya. Ni mis amigos me conocen!

—Si te pongo de tan mal humor, la cosa es sencilla.

—Marcharme, verdad?

—Claro!

—Pero si es que no puedo! Hasta me gusta que te burles de mí, para ver la doble hilera blanca de tus dientes, como...

—¡Estáte quieto! Mira, no me cojas por el cuello. Me pones nerviosa. Gritaré.

—¿Es te que disgusta?

—No, hombre, pero...

Por centésima vez desde que se conocían, él la ofreció su habitación de estudiante, donde podrían un dominico almorzar juntos, y luego ir al teatro, ó al campo.

—El domingo coso para mi madre, para mí, ó para mi hermana pequeña.

—Valiente vida! Así pues, tu juventud se va á pasar cosiendo, y casi nunca en provecho tuyo, cuando hay teatros, campos hermosos...

—Yo voy á veces, con mis padres.

—Con tus padres! Crees que es lo mismo ir al campo con los padres, que conmigo, cuando se tienen diez y ocho años? Pasear por debajo del tupido follaje, estrechándote fuerte, como ahora, más..... escuchando las cosas que siempre inspiran el sol, los árboles, tan hermosos en Abril...

El domingo... querrás?

Como ella callaba, él interpretó su silencio:

—Quien calla, otorga.

—No, no, yo no otorgo nada.

—Pero no renuncias, verdad?

—Veremos: de aquí al domingo, hay tiempo para pensarlo.

Estaban absortos en sus cosas, hasta el punto de no darse cuenta de la presencia de un tercero en el banco. El recién llegado, des-

pues de observar á la pareja, desdobló un periódico haciendo todo el posible ruido.

—Qué lata!

—Calla, hombre. Ese caballero puede, como nosotros....

—Haber escogido otro banco!

—No seas malo!

—Ya no eres la misma, desde que ha llegado ese tipo.

—Mira, que te va á oír!

—Que me oiga! Ahora que empezabas a escucharme...

Era un caballero de cierta edad; la nariz aguileña, entre sus ojos claros, inteligentes; el aspecto de un rentista casi millonario á fuerza de orden. Mientras el joven hablaba mal de él, sacó una pipa, y la llenó cuidadosamente. Al ir á encenderla, la mostró á los novios, se quitó el sombrero, y se inclinó lentamente:

—¿Le molesta á Vd. el humo, señorita?

—Oh, puede V. fumar caballero. Además, al aire libre...

—Gracias, señorita.

Volvió á quitarse el sombrero, ceremoniosamente, encendió la pipa, leyó unas líneas desde lejos (sería presbíte) y luego dobló su periódico, guardándolo. Con las manos cruzadas sobre el puño del bastón, aparentaba no ver más que los pájaros, las nubes, y los árboles.

Los jóvenes le olvidaron pronto. Entre el murmullo de su diálogo, sonó un beso.

—Ah, juventud, juventud! suspiró el anciano, con una extraña melancolía en su acento. Echó uda bocanada de humo por la o de sus labios descoloridos, y luego la aventó con la mano izquierda, que sostenía la pipa.

Los jóvenes, hablando, le miraron. Sentía una emoción dulce, al percatarse de que la muchacha tomaba su defensa. «¿Acaso no tenía ese caballero, el derecho de hablar alto?» La actitud de éste hizo observar á la modistilla, muy bajito:

—Ten cuidado: ese señor te está oyendo!

El otro replicó, en tono alto, para ser oído, entonces.

—Si algo le molesta, que se vaya.

La faz del anciano resplandeció de bondad, y plácidamente apretando la ceniza con el índice, amonestó:

—A vuestra edad, joven, yo no me hubiera atrevido á faltar el respeto á un hombre de la mia.

—Yo no le he dirigido la palabra, caballero.

—En efecto, pero ha hablado V. de mí, lo suficientemente alto para que me diera por

aludido. Sin contar que me hubiera V. echado con la mirada,.... si yo atendiera deseos expresados incorrectamente.

Esperó el efecto de su réplica, y añadió:

—Por lo demás, señorita, si queréis que me vaya, una sola palabra, y...

—No señor; estoy segura de que mi amigo siente ya haber dicho....

—También yo estoy seguro, señorita.

Se había apagado la pipa. La golpeó despacito sobre el banco, vaciándola, y la guardó en su estuche, como reflexionando. Luego con ademán resuelto, empezó:

—Perdonadme, os lo ruego, si me inmiscuyo en lo que, en suma, no me importa. Si, habeis hablado de tal modo, que conozco a que altura estais, en vuestros amores.

—Te vienes conmigo? Ya que no se va ese caballero...

—Espera, hombre! Esperemos un poco...

—Mi causa está bien defendida, joven...

—Ah! Si no fuvierais el pelo blanco...

—Tendría menos calma, menos tenacidad. No es esto lo que ibais a decir, pero es la verdad. Señorita: a V. me dirijo, ante todo, puesto que a su amigo desde ahora le parezco insoportable, y dentro unos minutos le pareceré odioso. El es estudiante... V. es costurera. Vds. se gustan mutuamente. Delicioso! Si se amasen Vds. de verdad, sería admirable!

—Sí, nos amamos, nos amamos. ¿Que le importa a V.?

—Me importa, joven amigo: como le importaría a V. si viera a un miserable, a un ladrón, robando un cuadro, una estatua. V ofrece placeres a la señorita. Ella en cambio le brinda su amor. Y en ese cambio, ella pierde. Protesta V., amigo? Mire como ella palidece. La pobre no se ha preguntado nunca si V. toleraría que hablaran a su hermana—si la tiene—como V. la habla a ella. ¿Porque esta diferencia, no le sorprende? La encuentra natural, porque V. es un hijo de familia acomodada, y su novia una costurera. También yo tenía ese prejuicio. Yo seduje a una «modistilla», que era honrada. La abandoné después, en interés de mis estudios, caballero. ¡Oh! No se mató por eso! Pero se apesadumbró horriblemente: lo he sabido después. Se casó luego con un buen muchacho, a quien confesó su falta, y que creyó amar lo bastante para perdonarla. Mas tarde sintió el mozo recrudescer sus celos, y se volvió un tirano, cruel, violento. A los treinta años mi pobre ex-amiga, era una mujer aniquilada por la desgracia, con sus dos

hijos, que compartian con ella las palizas del padre, que se dió al alcohol, por horror a un pasado que era obra mía.

Esa historia es el remordimiento constante, en mi vejez. He tenido la suerte de interesar á mi esposa (pues me casé *en mi esfera*, como se dice con frecuencia) en el auxilio material de aquel infeliz matrimonio. Joven, yo daría cuanto tengo (y si supiera mi nombre, vería que no es tan poco) por no haber de reprocharme esa falta. No se ponga pues, a peligro, de repetir un crimen. Y V. señorita, permanezca virtuosa, Si èl la quiere, como V. a èl ¿tiene mas que casarse?

La joven habíase apartado, en el banco, de su novio.

—Agradezcan la casualidad de que me haya sentado junto a Vds. La vida es hermosa, a condición de preverla, en cuanto cabe. Perdonen, pues, mi charla. Les dejo todo el banco. Señorita: la ofrezco a V. mis respetos.

—Caballero...

—Joven, buenos días.

No se detuvo, aunque le pareció oír que el estudiante le llamaba *viejo loco*. Se fué, con paso lento, regular, erguido, con el bastón bajo el brazo.

—No me dices nada? Te ha conturbado el sermón de ese pelma. Vaya un padre Virtudes. Su historia no tiene desperdicio. ¿No quieres ya que te abrace?

—No... Sí... No lo sé... ¡Que desgraciada soy!

—Lloras, hijita?

—Sí, déjame.

—Si tu me quisieras...

—Te quiero ¿Es que no lo sabes?

—¿Y yo? Es que yo no te quiero?

—No sé. Me encuentras agradable. Pero soy una pobre, y necesariamente...

—Si, vamos, las necesidades del viejo.

—No insultes a ese caballero.

—Así reventará!

—No tiene sobrada razón en lo que ha dicho? No te atreverás a negarlo. En fin: yo soy buena, mi familia es honrada... puedes enterarte con facilidad...

—Si te creo, no necesito pruebas...

—Pues, con franqueza: ¿vendrás a casa de mis padres, esta noche, enseguida, a decirles amo a su hija de Vds.; quiero...

No se atrevió a completar: quiero casarme con ella. La muchacha le interrogó ansiosamente con la mirada, temblándole los labios. El empezó friamente:

—Mi familia me mareará con sermones sin fin.

¿Qué tiene que reprocharme tu familia?

—Como se ve que no conoces á la gente de pueblo! Una modísta! y parisíen!

La joven no contestó. Sin llorar, apuntó «que se hacía tarde» y levantóse.

—¿Vienes conmigo á ver á mis padres?

—Pero, mujer, escucha. ¿Es esto en serio?

—Mucho. No buscaba otra respuesta. Adiós. No nos veremos más.

—Ah! si me quisieras!

—Te quiero! y sufro!

—Así, porque lo ha querido un viejo mánático...

—No acuses á nadie más que á ti. Yo quiero permanecer honrada, digna de ti, o del hombre que yo acepte por marido.

—Sé más razonable! Vamos. Te esperaré mañana?

—No,

—Estaré en el sitio de costumbre,

—No te molestes.

Se alejó, con el corazón angustiado, Sus ojos se llenaron de lágrimas, al ver que él no se había movido del banco. Se detuvo, cansada de la carrera. Dudó. Volvía ya sobre sus pasos, hacia el banco, cuando sintió que la cogían levemente del brazo, Sonrió, á travé<sup>o</sup> de sus lágrimas, al anciano caballero.

—Vamos, señorita. Un poco de valor! La esperaba al volver. Tiene V. toda una vida por delante. No retroceda. Tiempo le quedará años á venir, de mirar hacia atrás. Yo sé lo que es esto. Haga V. otro esfuerzo más ¡que diablo!

—Oh, gracias, caballero!

—Sin retroceder. No vuelva V. la vista.

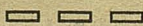
—Adios, señor! Y gracias, otra vez. Ya sabe...

—No me olvide! No me olvide señorita, si vuelve á este banco.... ó á otro cualquiera.

—Oh, caballero!

—No me olvide, hija mía!

CARLOS ENRIQUE HIRSCH.



## Lérida

### Al pasar

.....Y cuando en el verdor de los campos, que derraman claridades de florescencia, pone el tren, en su marcha de vértigo, una estela de

humo, y se divisa á lo lejos la masa parda de la ciudad querida, coronada por su joya de piedra, que canta, en sus foscuras de patina, añoranzas intensas de los tiempos medioevales, cae en el alma un ardor de alegría, y se altera el corazón. como latiendo sobre el pecho de la amada.

Eres para mí, bella ciudad triste, una atracción misteriosa, una sonrisa de luz, una caricia de ternura..... Eres el oasis, la excepción, el refugio inundado en paz suave.

Amo tu claro sol, que vierte alegrías de cantos en el follage de tus árboles, y refulgencias sonoras en el bronce de tus campanarios, y exuberancias de vida en los vergeles que te circundan.

Amo las aguas de tu rio, en cuyas hondas brotan suavidades de luz. mientras en la callada dulzura derraman misterios de murmulio.

Amo la alegre tristeza de tus jardines, que en los atardeceres de primavera cuajan en el aire languideces de fragancia, bajo el cielo, que deslíe su azul en las nacientes penumbras del crepúsculo.

Amo la paz silenciosa de tus calles solitarias, que evocan añoranzas de la ignota; de esas calles, empedradas de guijarros, en el dintel de cuyas casas, parece que se escucha aún el canto triste de alarbe, que derrama nostalgias de su patria, ó el paso suave de la dulce mora—bella por misteriosa—que diluye hermosuras carnales de paraíso en nebulosidades profusas de ropaje.

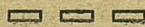
Tienes para mí, bella ciudad triste, el encanto indefinible de la añoranza, el encanto indefinible de los seres adorados, que despiertan el alma leyendas de ternura y ensueños de cariño.

Tienes para mí, bella ciudad triste, dulcísimos recuerdos, memorias suaves de apacibles horas venturosas.

Por ello, cuando, desde el tren, que en su marcha de vértigo, pone estelas de humo en el verdor de tus campos, miro perderse en ia lontananza tu parda masa, bella ciudad triste; cuando te dejo. caen en mí alma, como dulzura de lágrimas, aquellas palabras de Jesús:

«Y perdí tu suave belleza! Y mojaron mis labios amargores! Y se hicieron tinieblas de nostalgia en el fondo de mi espíritu.....!»

A.



## De los grandes hombres.

Benito Pérez Galdós.

Por lo que á mi toca, en toda la vida ha experimentado mi alma sensaciones iguales á las de aquél momento. A pesar de mis pocos años, me hallaba en disposición de comprender la gravedad del suceso, y por primera vez, después que existía, altas concepciones, elevadas imágenes y generosos pensamientos ocuparon mi mente. La persuasión de la victoria estaba tan arraigada en mi ánimo, que me inspiraban cierta lástima los ingleses, y les admiraba al verles buscar con tanto afán una muerte segura.

Por primera vez, entonces, percibí con completa claridad la idea de la patria, y mi corazón respondió á ella con espontáneos sentimientos, nuevos hasta aquel momento en mi alma. Hasta entonces la patria se me representaba en las personas que gobernaban la nación, tales como el Rey y su ministro, á quienes no consideraba con igual respeto. Como yo no sabía más historia que la que aprendí en la Caleta, para mí era de ley que debía uno entusiasmarse al oír que los españoles habían matado muchos moros primero, y gran pacotilla de ingleses y franceses después. Me representaba, pues, á mi país, como muy valiente; pero el valor que yo concebía, era tan parecido á la barbarie, como un huevo á otro huevo. Con tales pensamientos, el patriotismo no era para mí, más que el orgullo de pertenecer á aquella casta de mafadores de moros.

Però en el momento que precedió al combate, comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándole y descubriendo infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche, y saca de la oscuridad un hermoso paisaje. Me representé á mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé la sociedad dividida en familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres, para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera, y comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos para defender la patria; es decir, el terreno en que ponían sus plantas; el surco regado con su sudor, la casa donde vivían sus ancianos padres, el huerto donde jugaban sus hijos, la colonia

descubierta y conquistada por sus ascendientes, el puerto donde amarraban su embarcación, fatigada del largo viaje; el almacén donde depositaban sus riquezas, la iglesia, sarcófago de sus mayores, habitáculo de sus santos, y arca de sus creencias; la plaza, recinto de sus alegres pasatiempos; el hogar doméstico, con los antiguos muebles, que transmitidos de generación en generación, parecen el símbolo de la perpetuidad de las naciones; la cocina en cuyas paredes ahumadas parece que no se extingue nunca el eco de los cuentos con que las abuelas amansan la travesura é inquietud de los nietos; la calle, donde se ven desfilan caras amigas; el campo, el mar, el cielo: todo cuanto desde el nacer se asocia á nuestra existencia; desde el pesebre de un animal querido hasta el trono de reyes patriarcales; todos los objetos en que vive prolongándose nuestra alma, como si el propio cuerpo no le bastara.

(TRAFALGAR).



## Para las damas

Comprando

Hay dos categorías de *compradoras* en el solo hecho de ir *de compras*, La desdeñosa—que es la de las señoras que compran—y la de las sonrientes—que es la de las que no compran nunca.

La desdeñosa pasa por delante de un objeto que le gusta infinitamente, que la seduce, y que está dentro de su posibilidad monetaria: un violetero de cristal, pongo por caso. Nadie sería capaz de comprender su deseo, pero el hortera así que la dama se detiene ante el escaparate, ya sabe á que atenerse.

—¡Hermoso violetero! Verdad, señora?

Sí, bonito! dice la cliente, esquivando un gesto de desprecio. Bonito? Aceptable y gracias. No obstante, lo examina. Por lo demás, ninguna necesidad tiene del tal cachivache. Y lo explica:

—Sé tienen tantos floreros!

—Sí, señora; pero como se colocan en cualquier parte... En un piano.

—¡Oh nunca! Sobre el piano nunca.

—Sobre la chimenea.

—¡Sí está atestada!

—Pues sobre una mesita.

—Menos. Si al traer el café ó el té, estorba, hay que quitarlo, se derrama el agua y se ex-



pone á estropear un tapiz que vale un dínal, por un vaso que vale seis pesetas, Porque el florero debe valer seis pesetas ¿verdad?

—Ocho, noventa y cinco, señora.

—Ocho noventa y cinco.

—Tanto da que diga V. nueve.

De todos modos los cinco céntimos los he de dar á un pobre!

Pero en fin, haga el favor de dejármelo ver de cerca.

No tengo la costumbre de comprar las cosas sin mirarlas bien, como algunas señoras que vienen aquí, y que deben ganar el dinero más fácilmente que mi marido. A ver!

¿Tiene alguna rajita? Vamos, envuélvame, V.

Luego se calla reflexivamente, como si aun sintiera haber hecho la compra,

En cambio, la que hemos dado en llamar sonriente, pasa frente al objeto, y su semblante se ilumina:

—¡Que florero más bonito!

—Verdaderamente, señora.

—Es maravilloso! Qué gracia! ¡Qué esbeltez! Moderno, no?

—Si, señora: moderno..... del siglo XVIII.

—Muy bien: ¿cuanto vale?

—Ocho pesetas noventa y cinco, señora.

—Es baratísimo. Cómo puede V. darlos tan baratos?

—Compramos todo al por mayor, señora.

—Pondría en él lilas artificiales y una rosa de celulode, con agua. y se engañaría cualquiera.

—¿Quiere V, verle de cerca?

—De buena gana; Precioso. El cristal es tan poético! Me recuerda la poesía de Sully Prudhomme: el vaso roto,....

—Si, señora.

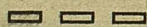
—Y esto se coloca en cualquier parte: en un piano, en la chimenea....

—¿Se lo envuelvo, señora?

—No, gracias, por ahora no lo necesito. Y la dama se va.

Comprar es armonizar el deseo con la prudencia. Dime como compras, y te diré como vives.

G.



## Amenidades

El Rey de las tinieblas.—Lo que ha podido leerse en los periódicos.

2 de Septiembre 1893.—Un millonario

yankee, Arthur Brook, ofrece doscientos mil dollars al hombre que se atreva á permanecer sumido en la oscuridad más completa, durante diez años.

14 de Septiembre 1893.—Un infeliz, llamado Tison, se ha presentado esta mañana en casa de Mr. Brook:

—Quiero intentar la prueba--le ha dicho—para dotar á mi hija Augusta.

Acto seguido ha sido encerrado en una habitación privada por completo de luz, don e podía bailar, *hacer* música, recibir á sus amistades, etc., pero todo á oscuras.

13 de Septiembre 1903.—Por fin, mañana el estupendo Tisón, apellidado Rey de las tinieblas, abandonará la estancia donde se halla recluso, y percibirá la suma que tan duramente se ha ganado.

14 de Septiembre 1903.—Tisón no ha querido salir.

—Dadme otro millón para dotar á mi hija menor, y me encerraré por diez años más.

Arturo Brook ha accedido á la petición, maravillado.

13 de Septiembre de 1913.—Mañana, definitivamente, Tisón dejará las tinieblas, en las que ha permanecido veinte años, aunque contra su voluntad, pues queria quedar en ellas, otro período, pero Arthur Brook ha creído inhumano acceder á la petición.

30 de Septiembre de 1913.—Hace unos días Tison ha abandonado la casa de M. Brook, después de haber percibido las sumas ganadas.

Preguntado por los periodistas, como le había probado la *temporadita*, ha contestado:

— Perfectamente: he dormido bien, y he comido mejor; nada me ha faltado.

— Pero sin duda habréis estado deseando ardientemente ver otra vez la luz del sol.

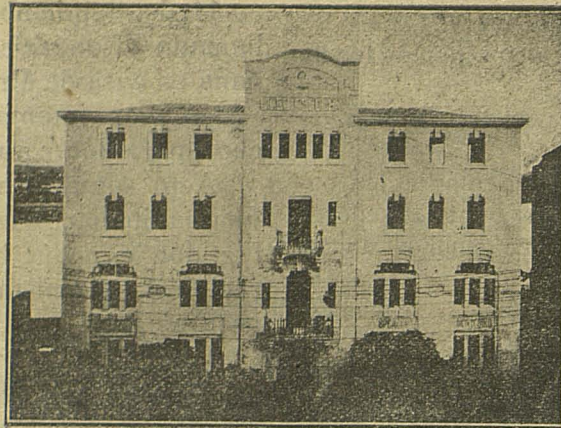
—¿La luz del sol? Quiá, no señor: soy ciego de nacimiento.

# LICEO ESCOLAR

ESCUELA GRADUADA DE 1.<sup>a</sup> ENSEÑANZA

ASIGNATURAS QUE  
: COMPRENDE SU :  
= PROGRAMA =

Lectura, Escritura, Religión y Moral, Gramática (con ejercicios de lenguaje y redacción), Aritmética, Geografía, Geometría, Historia, Ciencias físico naturales, Derecho, Dibujo, Solfeo, Gimnasia y trabajos manuales.



SECCIÓN ESPECIAL  
Y EN LOCAL INDE-  
PENDIENTE PARA :  
= NIÑAS. =

Sección de segunda ense-  
ñanza: que comprende, o

Bachillerato, Magisterio, Comercio, Francés, Dibujo y Música.

**Preparación para Carreras Militares**  
**Alumnos Internos, medio-pensionistas y externos**

Magnífico edificio con 20 salones para clases. - Espaciosos patios para recreo. - Amplios é higiénicos dormitorios. - Cuarto de aseo. Sala de Baños. - Duchas. - Enfermería. Calefacción central. - Teléfono n.º 62.

**Calle de Blondel.-Lérida**

: Eusebio Martí Lamich :

== INGENIERO INDUSTRIAL ==

Proyectos, Presupuestos, Instalaciones

TRABAJOS TOPOGRÁFICOS

◆◆ Permisos y Tasaciones ◆◆

Esterería, 14.  **LERIDA**

JOSÉ : ESTADELLA

— MÉDICO - CIRUJANO —

CONSULTORIO ESPECIAL  
PARA ENFERMEDADES DE  
LA MUJER

ASISTENCIA A PARTOS

MAYOR, 90 = LÉRIDA.

**Salustiano : Estadella**

..... Médico Odontólogo .....

**Unico en Lérida**

CONSTITUCIÓN, 25

**Cándido Clua**

**CORREDOR REAL DE COMERCIO  
LÉRIDA**

DIRECCIÓN: RAMBLA DE FERNANDO, 16, 2.º-1.ª


Gestiona é interviene en operaciones. Sindicatos Agrícolas, de descuentos (préstamos), negociación de letras. Compra y venta de valores, etc. ● Asegurador ● Delegado del Banco Vitalicio de España. ● Seguros Vida de la Compañía «Zurich». Seguros accidentes y del Banco Vitalicio de Capitalización y Ahorro

LA ITALIANA **J. Sanfeliu**

DE  
===== (Sucesor de Lamolla) =====

Comestibles, Ultra- Especialidad en Vinos  
marinos, Pastas para superiores del Sindi-  
sopa. . . . . cato de Alella. . . . .

CALLE MAYOR, 78 **LÉRIDA**


La Maravilla   
 Tienda de Vinos y Licores

DE  
**LUIS PALA**

Bebidas de todas clases

Pórticos Bajos  **LÉRIDA.**

ZAPATERIA  
DE  
**Francisco Castellví Abella**  
Calzados a medida  
HORMAS AMERICANAS Y  
PARA TODA CLASE DE SPORTS  
Mayor, 32 ••• **LÉRIDA**

**Salón la Razilo**   
PELUQUERIA  
DE  
**Roman Solsona**

SERVICIO ECONÓMICO Y ESMERADO. = FRICIONES DE TODAS CLASES.  ESPECIAL PARA LA CASA "Ambre Royal"

**GRAN FÁBRICA**

DE Mosaicos Hidráulicos

GRANITOS y

Piedra artificial

DE



**Vda. é Hijos de Juan Vila**



Puertaerrisa, n.º 21


Teléfono, 308

**BARCELONA**

*Roman Solsona*

*Cirujano Callista*  
*Se hacen toda clase de operaciones.*

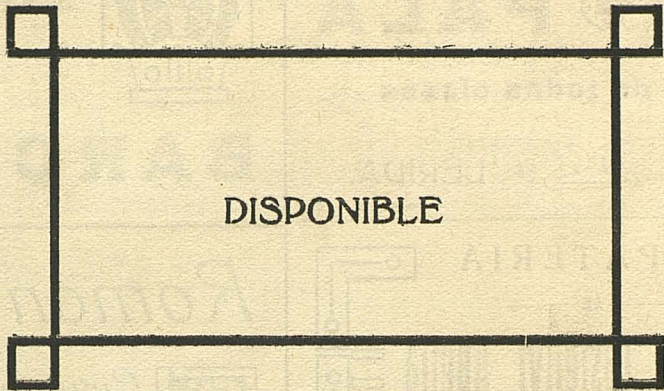
Vda. é Hijo de A. Cercós

(á) Moranya 

Transportes a Domicilio

Carga y descarga de Wagones.

Afuera Puente. :: **LÉRIDA.**



DISPONIBLE